

to más fuerte. Cuando quieras, papá, cuando quieras...

Yo no quise y el terreno se arrendó á Esquendo en pingües condiciones, malográndose así mi proyecto de destierro campestre.

Destierro por destierro, el de la ciudad no lo era menos, porque llegué á hacerme tan huraño que todo era ver un conocido y echar por otro lado, y á casa de mi tía Sandalia iba ya tan de tarde en tarde, que casi no sabía nada de ellos, por ciertas frialdades que el tío Tejera me demostraba desde que supo el asilo de Arturo en mi casa y que por este hecho público desafiaba temerariamente á la fiera social. Tenía este encierro mío otra causa más grave, y era que desde aquella noche que descubrí el estado anémico de la plantita confiada á mi cuidado, me alarmé, perdí el sueño y me preocupó su salud indigente lo mismo que antes sus excelencias morales. Le puse poco menos que debajo de un fanal, exageré el abrigo, escogía sus alimentos y á la menor novedad llamaba al médico y ya estaba atiborrándole de potingues. Le quité los libros y le hice perder tres cursos; y si le oía toser de noche, saltaba de la cama y corría á arroparle, á darle la cucharadita del pectoral y, si á mano venía, á calentar el agua y prepararle una infusión.

Él sonreía agradecido y me decía bajito:

— ¡Ay! ¡Qué bueno, qué bueno eres, papá! Esto no lo haría el señor de las patillas, seguramente. Por eso le he sacado del medallón y lo he roto. ¡Yo no quiero tener más padre que tú!

Torturábame la idea de que Arturo pudiera morir-seme. La Soledad y el Silencio volverían á ocupar la casa, y el dolor me quitaría la razón. Él seguía creciendo, tan delicado, tan pálido y transparente, que el aire parecía iba á quebrarle, cada vez más hermoso y sin variar en nada, como si con el cuerpo se desarrollaran sus cualidades y su hermosura también por dentro.

Y de pronto me acometió una preocupación mayor, el peligro que le celaba en medio del vicio corriente y del que sólo la propia defensa vale para salvarse. Pero era tan morigerado que excusaba mis consejos, que á falta de oportunidad hubieran pasado por indiscretos. Y le vigilaba, para decir al cabo, repitiendo lo de siempre:

— ¿Es mejor ó peor que yo?

¡Ah! Si hubiera de referir cuanto hice yo por aquel hijo postizo en edad en que otros desvelos podían solicitar-me con imperioso despotismo, y de qué manera severísima cumplí el compromiso de mi hermana Laurentina, la propia sor Angélica, maestra de la caridad, se asombraría y hallaría mayor fundamento al dictado de amigo con que me honra. Pero también daría que reír á los demás, y es preferible que me calle y no insista, que hartó he dicho ya en pocas palotadas y el dolor de mis piernas me molesta más de lo regular, por lo cual dejo la pluma para mañana. . . . .

Las primeras pintas de sangre que sorprendí en el pañuelo de Arturo fueron las últimas notas de aquel

lapso de tiempo, oasis de mi vida. Arturo dijo que era de la garganta y el médico no dió al suceso importancia alguna; pero yo me quedé como muerto, gracias á la consoladora noticia de *Bullebulle* de que no eran unas pocas gotas las que había arrojado, sino un jarro entero.

Afortunadamente, Sara me tranquilizó, más que con palabras, mostrándome serena su bonita faz de bronceada estatua, á la que los años no podían envejecer. Cuando la verdadera madre de Arturo no se alarmaba, ella que velaba sobre su salud con olvido de la propia, era que no había realmente de qué alarmarse. Trajo el pañuelo revelador, contó las pintas una por una, y convinimos en que, todo lo más, sería un síntoma, pero no grave, y fácil de atajar en su desarrollo. Así lo aseguraba el médico, á quien corrió á consultar antes que yo me enterase.

Más de dos horas pasamos, pañuelo en mano, discutiendo este tema interesante que á ambos, el padre y la madre de pega, nos apasionaba enormemente. Ella y yo teníamos puesta en aquel niño pálido y frágil toda nuestra alma, no por mandato del parentesco, sino por caprichoso acuerdo de la suerte y tal vez por imperio de la naturaleza, que no gusta de que se esterilicen las preciosas facultades que generosamente nos otorga. Y aunque tranquilos, en apariencia, ni ella ni yo cerramos ya ojo, nos repartimos la tarea vigilante y encerramos á nuestro Arturo dentro de una valla de cuidados que ya tendría la enfermedad trabajo para romper.

Como no está *Bullebulle* delante, el celoso más empedernido que conozco, puedo poner aquí, con franqueza, que no he visto mujer de alma más sana que



Más de dos horas pasamos, pañuelo en mano, discutiendo

aquella mulata, purísima luz en tosco vaso de barro, toda nobleza, toda honradez, con rasgos de señorío imponderables. Pensando y sintiendo con rectitud y con pasión, por mí y por Arturo llegó al sacrificio; fué la encarnación del orden, el ama de gobierno insubsti-

tuble, á la que no creo disputarían la palma hembras mejor nacidas y educadas. ¡Bien merece esta flor, esta siempreviva del recuerdo, aquella fiel servidora! ¿Es culpa mía que á más alta dama no se la pueda ofrecer?

Preparamos, pues, los dos unidos, la defensa de nuestro cercado, y nos pareció que por ningún lado la enfermedad había de colarse. La pobre Sara hubiera deseado coger el infanzón en brazos y huir con él al campo, lejos de libros, de claustros universitarios y de peligros probables que temía, como yo, aunque el lirio crecía solitario y cándido; hubiera deseado, como las monas amorosas, trepar con él á la copa de un árbol y preservarle allí de hombres y de fieras. ¿Para qué el estudio, si era sobrado rico? ¿Para qué el trabajo, si no había de ganarse el pan? Dejarle en el mundo, á él tan inocente y bondadoso, era exponerle á que le picaran é hirieran y maltrataran todos.

En el mundo estábamos, por desgracia, y las teorías egoístas de Sara no podían realizarse; como el niño dormido de las tradiciones que en cesta de mimbre se abandona en lo hondo de un monte ó á la corriente de un río, hubimos de entregar nuestro tesoro á la de su destino, que fué más cruel de lo que se esperaba, matándole en plena florescencia.

Pero no de un golpe, de un zarpazo formidable, sino poco á poco, con refinamiento de tirano sanguinario. Le dejó asomar á las puertas de la vida y le enseñó el prado *por Abril de flores lleno*; permitióle coger la más hermosa de entre ellas, aquella que se llamó

Isaura, de tan fugaz existencia como la suya, y después de darle á aspirar brevemente su perfume, hizo que muriera, como si fuese Isaura la venenosa y quien le mataba, y no la rebelde enfermedad maldita...

Aquel comedorcito mío en la calle que ya no se titulaba de Mendocinos, sino de Maipú, como ahora, le tengo tan presente que no se me olvida detalle, ni el aparador de pino untado de nogalina con adornos de talla superpuestos y claveteados, ni la media docenita de sillas de rejilla, ni la lámpara de dos brazos, ni los faisanes embalsamados bajo el convexo cristal y colgados de las paredes cubiertas de papel imitación de roble, todo muy modesto, como que lo puse á poco de instalarme porque no quedara aquella pieza principal desnuda y no para mi regalo; después que, con la compañía de Arturo, viví en familia, tal cual estaba nos servimos de él y parece que á la cerrada y fría salita le dió calor nuestra presencia, á pesar de que, por causa de la costumbre más general de por acá, no había chimenea, ni nada que la supliera en invierno, si no eran los substanciosos caldos de Sara. Lo cierto es que comíamos allí muy á gusto, allí nos reuníamos cada tarde, á la vuelta de nuestro callejeo obligatorio, esperando la entrada triunfal y siempre peligrosa de *Bullebulle* con la sopera, y allí quedábamos de sobremesa luego.

Allí, pues, sentado en mi sitial de la cabecera, hacía tiempo una mala noche de invierno para la llegada de Arturo y me impacientaba su tardanza. Rara vez

le sorprendía la noche en la calle: era un reloj, como yo; por la mañana la Universidad, por la tarde la Biblioteca, nunca ni un minuto más ó menos de las horas que consagraba á cada una. Arturo no llegaba, ¿qué le había pasado? Al fin, no pude tenerme más, y ya salía del comedor cuando entró Sara con la faz bronceada descompuesta y trayendo en la mano algo todo rojo, que adiviné era el pañuelo de Arturo, que la sangre manchaba entero.

Me lo enseñó sin decir nada, y yo tampoco nada dije; quedando uno y otro apoyados en la mesa, vencidos por el dolor y las lágrimas.

— Está en su cuarto — gimió Sara sobreponiéndose; — no ha salido esta tarde... ¡Echado en la cama, parece muerto!

Corrí y le hallé, efectivamente, de espaldas, cerrados los ojos, tan amarillo que su hermosa cara era de pulido marfil; el sello de tristeza que la certidumbre de su dudoso origen y la idea de la anormal situación de la familia habían impreso en ella, según observación mía constante, se mostraba más visible y contraía sus labios en dolorosa mueca; sobre el dorado bozo algunas gotas de sangre negreaban como insectos posados en un capullo.

— ¡Arturo! ¡Arturo! — le llamé con angustia.

Sara había entrado detrás de mí, y también le llamaba, hembra que cree muerto su cachorro. Ambos hicimos que se incorporara, le limpiamos las feas manchas de la boca, le dimos á beber no sé qué, y él reac-

cionó milagrosamente, efecto más de nuestro cariño, sin duda, que del brebaje, y nos sonrió á los dos:

— No es nada, papá... No es nada, mama Sara... No se asusten ustedes.

Y para probárnoslo, se deslizó de la cama y dió algunos pasos por la alcoba. La luz del gas desencajaba su semblante de tal modo, que si no sonriera y brillaran sus ojos, dijérase un muerto que andaba.

— Esto es de tanto estudiar — dijo Sara afligidísima; — luego no come... Menos libros y más carne asada es, lo que le hace falta.

— ¡No, por Dios! — exclamó el joven persistiendo en su deseo de probarnos sus energías. — ¡Á ver si ahora se me quitan de nuevo los libros y pierdo otro curso! Así no acabaré de doctorarme, no me oiré llamar nunca el doctor Riquez.

Siempre que pronunciaba su apellido se notaba cierto esfuerzo en él, más visible esta noche, que hasta me pareció evitaba el mirarme de frente. Viéndole Sara tan animoso y oyéndole hablar de sus planes para cuando terminara la carrera, se tranquilizó mucho y se fué á su cocina, que su carbonada podía pegarse y no tardaría *Bullebulle* en llegar con el médico.

— ¿Te acuerdas, papá? — dijo entonces Arturo.

Ingenuo como era, comprendí yo que iba á explicarme la desconfianza de su mirada sorprendida ha poco, ó tal vez distraer afectuoso las alarmas de su estado.

— ¿Te acuerdas del medallón de pelo?..

La primera vez que, hombrecito ya, le hablé de su

madre, le di para su recuerdo el medallón de pelo que de una cadena de oro le colgó Laurentina al cuello al enviármelo, el cual medallón jamás abrí yo, primero porque pecho de discreto, y luego porque, fuera curioso desbocado, no hubiese podido abrir sin cortar la red de cabellos que á guisa de candado lo cerraba para prueba de curiosones. Indudablemente, Laurentina lo hizo así para que se entendiera que sólo á su hijo estaba dado revelar el interior, y el hijo mismo, por respeto ó también por discreción, no se atrevió á destruir cerradura tan sabiamente complicada y más fuerte por el sagrado material empleado que si fuese de duro acero. Pero, con la edad, el imprudente regalo de Clara, su tardía conferencia conmigo y la duda eterna que le perseguía, se decidió á empuñar las tijeras y forzar aquella puerta del misterio. ¿Qué habla dentro?

— ¡El mismo señor de las patillas, papá! Recuerdo de mi madre, no he podido romperlo, como el otro...

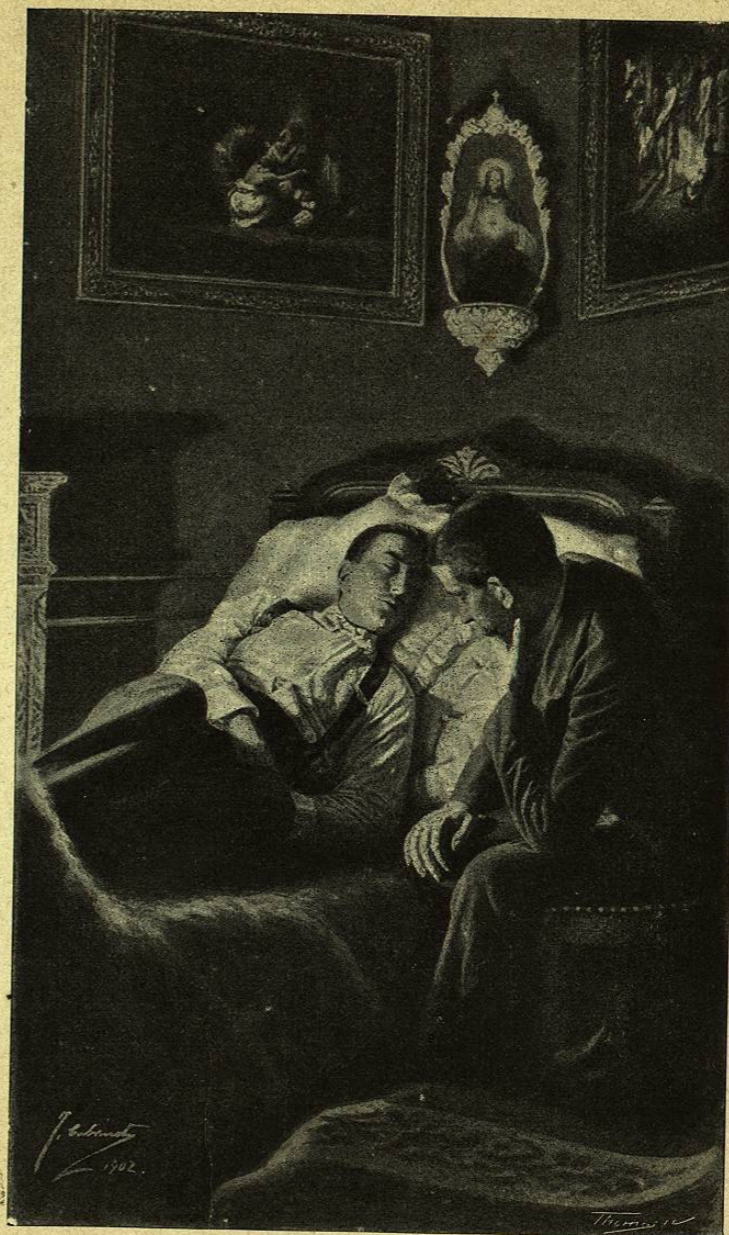
Con espontáneo movimiento, se abrazó á mí y me besó en la frente. Y riendo, señaló en mi cabeza la primera cana.

— Papá, que te pones viejo... ¡Mucho cuidado!

¡Ay! ¡Yo comenzaba á envejecer y él empezaba á morir!

## VI

El año 65 y siguientes fueron de guerra extranjera, y lo digo con pena: no ofrecí mi brazo á la patria en lucha con el tirano paraguayo, por no abandonar aquel



¡Ay! ¡Yo comenzaba á envejecer y él comenzaba á morir!